

LA NOVELA FEMENINA  
CINEMATOGRAFICA



¿DÓNDE ESTUVE YO?

POR  
RÉGINALD DENNY, MARION NIXON, ETC.

N.º 74

30 cts.



# La Novela Femenina Cinematográfica

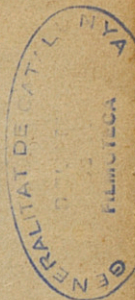
Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:  
Diputación, 292. - Barcelona

Año II

N.º 74



## ¿Dónde estuve yo?

Interesante y divertida comedia frívola,  
interpretada por el simpático y célebre  
artista

**RÉGINALD DENNY**

secundado por MARION NIXON y otras

**Producción UNIVERSAL (Joya)**



Exclusiva de

HISPANO-AMERICAN FILMS, S. A.  
VALENCIA, 233. - BARCELONA







—Pues, bien; desde este mes tienes un dólar más de sueldo por cada año.

Y una vez exteriorizada de forma tan simpática la felicidad de que está inundada su alma, penetra en la sala del Consejo, donde es recibido con las más expresivas muestras de regocijo.

—Antes de empezar a hablar de negocios — dice a los consejeros —, les tengo que dar a ustedes una noticia sensacional... ¡El mes que viene me caso!

—Pero el complemento de esa noticia es que nos digas quién es esa afortunada mujer — arguye uno de sus amigos.

—El afortunado soy yo. ¡Me caso con Alicia Storm!

—¡La noticia tiene mucha miga! — se aventura a decir otro consejero malicioso—. ¡Se casa con la Compañía Manufacturera Storm!

—No tolero que nadie insinúe siquiera que me caso con esa señorita con el pensamiento puesto en el negocio — le contesta vivamente Berford.

—¡No, Tomás, no! — dice el malicioso, tratando de sincerarse—. Lo que he querido decir es que tienes una gran habilidad para combinar lo espiritual, lo romántico, con lo material...

—Pero ¿Jorge Storm está conforme? — le pregunta un tercero.

—Si no lo está, yo le haré que lo esté — dice Tomás Berford, bien ajeno a que pronto va a salir de dudas sobre este punto concreto, pues el propio Jorge Storm, en persona, acaba de llegar y de pedir a un empleado que le anuncie inmediatamente.

La puerta de la sala del Consejo se abre de par en par para dar paso al presunto suegro.

—Vengo — dice éste — a poner en claro una

noticia que acaba de llegar hasta mí. ¿Qué tontería es esa de la boda con mi hija?

—Ni tontería ni nada. Que nos queremos y que nos casamos — le contesta Tomás Berford.

—Pues si no desiste usted de ese matrimonio, lo arruinaré, junto con su Compañía, en menos de un mes.

—Le advierto que no me asustan sus amenazas, señor Storm. ¡Amo a Alicia y me casaré con ella!

—Es usted muy dueño de hacer lo que quiera, Berford, pero no diga luego que no está advertido.

Y dichas estas palabras, Jorge Storm abandona la estancia y las Oficinas.

—¡No dirán ustedes que no tengo un futuro suegro encantador! — dice Tomás a sus amigos al cabo de una breve pausa.

La actitud de Storm y su amenaza no han dejado de hacer mella en el ánimo de los allí presentes, uno de los cuales se atreve a insinuar sus temores:

—¿No crees, Tomasito, que sería más prudente romper esas relaciones?

—Con sus recursos financieros — añade otro —, Storm puede aplastarte en menos de treinta días, como ha dicho.

—Treinta días son mucho tiempo y para casarse no hace falta tanto, señor Berford — se atreve a decir Enrique, el secretario recién ascendido.

—¡Me has dado una idea! — le contesta Tomás, y dirigiéndose al teléfono se pone al habla con su prometida.

—Tu padre acaba de estar aquí hecho una furia — le dice, y acto seguido expone a Alicia el plan que acaba de concebir.

—¿Un matrimonio por sorpresa? ¿Nosotros dos



solos? ¡Eso sería delicioso! — dice la joven por toda contestación, como prueba de su asentimiento.

— ¡Todo está arreglado! — declara Berford, colgando el aparato; y volviéndose hacia sus consocios, añade: — ¡Mañana mismo me caso!

— Anda con cuidado, Tomás — insiste aún el consejero timorato—. ¡No es prudente que desafíes a Jorge Storm de ese modo!

— ¡Aunque Jorge Storm fuera dueño de todo el oro del mundo, no podría impedirlo — le contesta, gozoso, Tomás Berford.

Entonces ya, los consejeros, viendo el mal cariz que toma la cuestión, creen llegado el momento de tratarla en serio y uno de ellos, haciéndose intérprete del sentir de los demás, dice a su joven y querido Presidente:

— ¿Pero tú crees que vamos a permitir que nos lleves a la ruina por una chiquillada así?

\*  
\*\*

Una mujer joven, bonita y elegante llega en este momento a las Oficinas de la "Manufacturera Berford y Compañía" y, encarándose con un empleado, le dice:

— Deseo ver, urgentemente, al señor Berford.

Cuando el empleado entra a anunciar la visita, Tomás se halla en el paroxismo de la elocuencia para convencer a sus amigos y consocios.

— Nunca les he ocultado nada — les dice—. Mi vida ha sido para ustedes como un libro abierto.

La interrupción del empleado molesta a Tomás, quien, para imponerle silencio, no encuentra otro medio más expeditivo que arrojarle el primer libro que halla al alcance de su mano y que es, precisamente, "El arte de dominarse a sí mismo" de Hoffmann.

— ¡Me ha tirado su vida a la cabeza! — musita el empleado. Pero el libro, lejos de darle en la cabeza, ha ido a parar contra la luna de un espejo, haciéndola añicos.

— ¡Siete años de mala suerte! — dice el causante inconsciente de aquel desaguisado, al mismo tiempo que traspone los umbrales del salón.

— ¿Supongo que ustedes no serán supersticiosos? — pregunta Tomás a los consejeros, pero aun no ha terminado la frase, cuando penetra en el despacho la visitante y, arrojándose en los brazos de Tomás Berford, con gran sorpresa de éste y de todos los allí presentes, le dice:

— ¡Tomás! ¡Cariño mío!

— ¡Señorita; me parece que me confunde usted con algún otro Tomás! — contesta ingenuamente el propio interesado.

— ¡No, no te confundo! ¿Quién podrá conocer a Tomás Berford mejor que yo?

— ¡Esta mujer debe estar loca! ¡Yo no la he visto en mi vida!

— ¡Pero, Tomás!... ¿Es posible que me niegues como Judas negó a Cristo?

— Me parece que al libro ese de que nos hablabas antes — musita al oído de Tomás Berford el consejero malicioso — le faltan un par de páginas, por lo menos.

Y dirigiéndose después a la joven, le pregunta:

— Díganos usted; ¿qué vínculo o qué lazo la unen con Tomás Berford?

— Pregúnteselo usted a él — dice la joven.

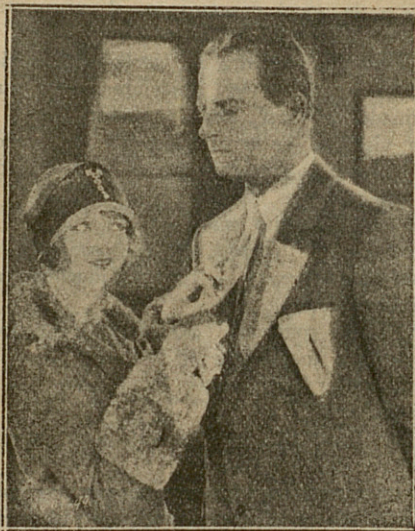
— ¡Que me lo pregunte a mí! ¡Ya he dicho que no la he visto a usted en mi vida, hasta ahora!

— ¡Pero, Tomás!... ¡Cómo es posible que mientas



con ese descaro! — insiste, imperturbable, la visitante.

—¡Que se la lleven de aquí ahora mismo! ¡Está loca, no me cabe duda! — exclama Tomás Berford.



---Para que te acuerdes de Washington y del nueve de Enero de mil novecientos veintitrés.

—¡Yo no he venido para que me insultes!... ¡Infame!

—Entonces, ¿para qué ha venido usted?

—Para que te acuerdes de Washington y del nueve de enero de mil novecientos veintitrés.

—A mi Washington no me interesa, y ese día que usted dice, creo que tampoco.

—El día nueve de Enero de mil novecientos veintitrés nos casamos en Washington — dice por último la desconocida.

Una bomba que hubiese caído en medio de los allí



---Pero, ¿se atreve a acusarme de estar casado con usted?...

reunidos no hubiese hecho entre ellos el efecto que hacen las anteriores palabras.

—Pero ¿se atreve a acusarme de estar casado con usted? — le pregunta Tomás, que no sale de su asombro, añadiendo al cabo de unos segundos de indecisión:



—¡A ver! ¡Enseñe usted el certificado de matrimonio!

—¡Bien sabes que no puedo, que te lo di para que le guardaras tú!

—¡En menudo lío estás metido, Tomás! — dice uno de los consejeros.

—¡Le juro a usted que no! ¡Esta mujer es una chantagista!

Y llevándose a un lado al secretario, le dice:

—Enrique, mira a ver qué día de la semana era el nueve de Enero de mil novecientos veintitrés.

—Era viernes — le responde Enrique después de revolver unos cuantos papeles.

—A ver si puede usted decirles a estos señores en qué día de la semana nos casamos.

—¿Luego ya reconoces que nos casamos?

—¡Yo no reconozco nada! Lo que quiero es que diga usted en qué día se celebró ese supuesto matrimonio.

—¡No te acuerdas cómo nos reíamos del escribiente del Juzgado cuando fuimos a sacar la licencia al decirnos que era de mala suerte casarse en viernes?

Esta salida destruye el último baluarte defensivo de Tomás Berford, que no sabe cómo poner fin a aquella situación completamente falsa, pero que no le es dable, de momento, justificar ante sus amigos; y para terminar de una vez, convencido, como lo está, de que aquella su supuesta esposa, lo que quiere, en resumidas cuentas, es sacarle dinero, se encara con ella y le pregunta:

—¡Vamos a ver, terminemos de una vez! ¿Cuánto dinero quiere usted?

—¡Esto más! ¡Agraviarme de este modo! — responde ella, deshecha en llanto. Y añade:

—¡Después de esperar, pacientemente, tanto tiempo, vengo a reunirme contigo y me tratas como a una vulgar estafadora! ¡Que Dios escuche mi ruego y que te perdone, como yo te perdono!

Acto seguido, abandona el despacho, dejándoles a todos sumidos en un mar de confusiones.

Lo primero que se le ocurre a Tomás es recomendar a su secretario que Alicia Storm no sepa una sola palabra de lo que acaba de suceder, precaución que contribuye, como es natural, a aumentar la desconfianza de algunos de los señores del Consejo, que se atreve a decir a su querido Presidente:

—¡Mal arreglo va a tener este caso de bigamia, querido Tomás!

—¡Pero si todo es mentira! — responde Berford—. Hasta lo de que yo estuviese en Washington el nueve de Enero de mil novecientos veintitrés.

—Pues, entonces, ¿dónde estabas? — se le ocurre preguntar a otro de los accionistas.

—¡Eso es lo primero que tengo que averiguar: dónde estuve yo ese día!

—Enrique, tú llevas un diario y podrías decirme dónde estuve yo el día nueve de Enero de mil novecientos veintitrés.

—Lo único que recuerdo — responde Enrique — es que por aquella fecha estaba yo malo con influenza y no venía a la oficina. Petter ocupó mi plaza los días que yo estuve malo.

—¡Que venga Petter en seguida!

—¡Pero si le despidió usted en cuanto yo me incorporé a mi destino!

—¿No habrá nadie en la casa que pueda saber dónde estuve yo ese día?

Alentado por la esperanza de que alguien lo recuerde



o pueda averiguarlo, hace sonar Tomás los timbres, cuyo repiqueteo pone en conmoción a todo el personal, que acude presuroso a la llamada de su jefe, pero la gestión no da el resultado apetecido; ¡nadie lo sabe!

En vista de ello, Berford y Enrique se dedican por espacio de cinco horas a revolver papeles, confiando en tropezar con alguno que les proporcione la clave del enigma, pero tampoco estas pesquisas sirven para aportar el menor antecedente.

Lleno de polvo, fatigado moral y físicamente, Tomás acaba por cruzarse de brazos, preguntándose a sí mismo, por centésima vez:

—¿Dónde estuve yo?

—Petter es la única persona en el mundo que puede saber dónde estuvo usted ese día — le contesta Enrique, como si la pregunta hubiese ido dirigida a él.

—¡Pues vamos a buscar a Petter aunque sea en el centro de la tierra!

Y uniendo la acción a la palabra, sale corriendo como una exhalación, seguido por Enrique.

Apenas ha traspuesto los umbrales, uno de los empleados se da cuenta de que se ha dejado la cartera y sale tras él para dársela, pero no logra alcanzarle, exclamando a su regreso, asombrado por aquel caso insólito:

—¡Por primera vez en su vida, el jefe se ha dejado olvidada la cartera!

\*\*

Tomás, después de correr, en compañía de Enrique, unos cuantos cientos de metros, sin rumbo fijo, se para y exclama:

—Con el tráfico de las calles, un automóvil no podrá correr como yo necesito. En el Metropolitano llegaremos antes.

Y ambos descienden por la estación más próxima, tomando asiento en espera del primer convoy.

Pero ocurre que a poco se sienta en el mismo banco en que ellos están un caballero portador de una cartera, tan igual a la que Tomás Berford lleva consigo habitualmente, que éste, al abandonar el banco para tomar el tren, la coge, creyendo, naturalmente, que es la suya y lucha brevemente con el verdadero propietario de ella, que en balde pugna por quitársela de las manos.

—¡Esa cartera es mía, caballero! — dice el desconocido.

—¡Qué va a ser de usted! ¡Es mía! — le responde Tomás metiéndose de un salto en el tren, que parte veloz.

Y así como aquel pobre hombre cree que ha sido víctima de un robo, perfectamente explicable por el hecho de ser apoderado del Banco Nacional y llevar en la cartera doce mil dólares, según manifiesta a los policías que acuden en su auxilio, Tomás Berford y Enrique piensan que los que han estado a punto de ser robados han sido ellos, suposición que da lugar a que el secretario diga a su jefe:

—¡Qué ladrón tan atrevido! ¡Ha estado usted a punto de quedarse sin cartera! Yo que usted le hubiese denunciado.

Y sin más incidentes dignos de mención, llegan al final del trayecto, ya en las afueras de la capital; pero como quiera que el tal Petter vive en un barrio algo distante aún, requieren el primer taxi que pasa y en él arriban, por fin, a casa de Petter.



Al descender del coche, no se preocupa Tomás de recoger la cartera, que por suponer que es la suya sabe que no lleva más que documentos de mayor o menor interés, mas el chofer, hombre curioso, aunque, probablemente, no limpio, aprovecha los instantes que le dejan solo para registrarla, experimentando una sorpresa inenarrable al ver que va llena de billetes del Banco.

—¡No hay como tener cara de hombre *honrao*! — exclama—. ¡A cualquier hora hubieran hecho con otro esta confianza!

En tanto Tomás y Enrique han llegado a la casa en que suponen que vive Petter; llaman, y al preguntar por el ex empleado de las "Manufacturas Berford y Compañía" oyen la desconsoladora respuesta de que el tal se había mudado, hacia seis meses, nada menos que a Cleardale; es decir, al otro extremo de la Ciudad, pero distante bastantes kilómetros de la misma.

—Ahora vamos a Cleardale — dicen al chofer.

—Yo no voy tan lejos — responde éste.

—Usted va, ¡no ha de ir!

Y sin más explicaciones, suben en el auto y obligan a su conductor a ponerle en marcha.

Mas el chofer, hombre cachazudo, si los hay, arranca, sí; pero a un paso, no de automóvil, sino de carreta.

Tomás, a quien su impaciencia hace aparecer más lenta aún la marcha del vehículo, se encara, al fin, con el mecánico:

—¡Lo que es a esta marcha, no llegamos a Cleardale ni la semana que viene — le dice.

— En mi vida he pagado una multa por exceso de

velocidad. ¡Cuantos menos tratos con la Policía, mejor!

Y así siguen un poco tiempo más, hasta que Berford, no pudiendo resistir aquel paso de tortuga, dice a Enrique, mientras salta por la ventanilla al pescante:

—Voy a hacerme cargo del volante, porque este chofer es un pelmazo.

A partir de este momento, el coche no corre, vuela, salvando obstáculos que le ponen varias veces en peligro de estrellarse.

—¡Señorito, que tengo mujer y siete hijos! — exclama el chofer.

Pero como si no. Tomás continúa impertérrito su desenfrenada carrera, llevando a su lado a Enrique, pues al conductor le han instalado en el interior del carruaje para poder maniobrar ellos con más libertad.

El pobre hombre en vano trata de disimular su miedo, y, en vano también, pide al improvisado conductor que modere sus ímpetus.

—¡Hoy enfermo yo del corazón! — musita angustiosamente.

Pero nadie le hace caso y el auto surca el espacio como una centella.

—¿Cree usted que a esta velocidad vamos a llegar... sanos y salvos? — se atreve a preguntar Enrique a su jefe.

Tomás nada contesta y sigue corriendo.

Un policía motorista que presencia, desde lejos, aquel caso de locura automovilista, sale en su persecución.

El chofer le distingue por la mirilla posterior del coche y se cree en el caso de prevenirles el nuevo peligro, aquel peligro más:

—¡Un po...licia...! ¡Un po...licia!



Berford ni oye ni quiere saber nada: sólo desea llegar pronto a Cleardale.

El pobre chofer no encuentra otro modo de sustraerse a tan angustiosa situación, que hacerse un rebujo con la alfombra del auto y aguardar, hecho un fardo, lo que dén de sí los acontecimientos.

Y en tales condiciones el policía motorista les da alcance y les obliga a parar.

—Haga usted pronto lo que tenga que hacer, porque llevo mucha prisa — le dice Tomás.

—¿Qué es ese bulto que llevan ustedes ahí? ¿Contrabando? Lo mejor es que se vengán conmigo.

Entonces el chofer se incorpora y deja ver su cara, que es como para dar un susto al miedo, tanto que el policía, al verle, da un paso atrás, pierde el equilibrio, cae y queda en tierra sin sentido.

La escena es tan rápida que ni Tomás, ni Enrique, ni el propio chofer se dan cuenta de lo que ha pasado. Aquellos, al reconocer al policía y ver que tiene una herida en la cabeza, creen que se la ha causado el chofer y le recriminan.

—¡Está muerto! ¿Por qué le ha dado usted en la cabeza?

Ante este incidente tan poco agradable, y una vez persuadidos de que el agente de la autoridad sólo sufre un desvanecimiento, afortunadamente, se disponen a auxiliarle, visto lo cual por el conductor del auto, exclama para su capote:

—Esta es la mía... ¡Yo me voy!

Y, en efecto, se encarama al pescante, procurando no ser visto, da marcha y echa a correr, anulando las proezas que antes hiciera Tomás Berford.

—¡Mire usted cómo corre ahora el chofer! — dice Enrique a su jefe.

Este no parece inmutarse. Acaba de vendar al policía; le acomoda lo mejor posible a un lado del camino, y se apodera de su moto, cuyo asiento ocupa, haciendo que Enrique se instale en el posterior, y se lanza a la caza y captura del auto, al que no tarda en dar alcance.

—Pero ¿qué daño les he hecho yo a ustedes para que no me dejen tranquilo? — dice el chofer al ver lo inútil de su intento de fuga.

Sus palabras caen en el vacío. Tomás y Enrique se instalan de nuevo en el coche y siguen la marcha.

Después de correr setenta millas y de llamar en diez y siete casas, llegan, ya bien entrada la noche, a una en que les dan razón de Petter.

Mientras Tomás y el secretario inquietan lo que les interesa, el chofer, resignado, exclama para sí, por todo comentario:

—¡Cuando llegue a mi casa no me van a conocer!

Pero en este momento se acuerda Tomás de la jugarreta que quiso hacerles el mecánico y antes de alejarse y de dejarle solo, toma sus precauciones para que no la repita.

Hecho esto, continúa sus pesquisas.

En la casa en que les dicen que vive Petter les contestan que sí, que allí vive, pero que hace una semana que se ha marchado a Africa... y allí sí que no es posible buscarle.

—No queda otro recurso que confesárselo todo a la señorita Alicia — propone Enrique, como única solución.

—Pero ¿cómo le pruebo yo que no es verdad lo que dice esa mujer?...





Va luce el sol cuando llegan a Nueva York, a casa de Berford, y sólo entonces despiden el auto, cuyos buenos servicios paga Tomás espléndidamente.

—Con este servicio va usted a sacar para comprarse un coche nuevo — dice Berford al chofer.

—¡Vayan con Dios y que la Magdalena les guíe! — exclama éste.

Y sin más contrariedades que registrar, que no es pequeña la de lo infructuoso de sus gestiones, entran en su casa, deja Tomás su cartera — de la que esta vez no se ha olvidado — sobre un mueble, y al cabo de unos minutos consagrados a pensar en una solución, que no encuentra, pregunta a su secretario:

—¿A ti no se te ocurre nada para salir de este lío?

La presencia de Evans, el viejo criado, corta la conversación.

Evans lleva, como todos los días, los periódicos de la mañana, de los que hace entrega a Enrique.

—Señorito, tengo una novedad que contar a usted... — dice.

Pero Tomás no le deja terminar la frase.

—¡Nos hemos salvado! — exclama Tomás dándose una palmada en la frente—. Evans conoce mi vida hora por hora, pues no se ha apartado de junto a mí desde que nací.

Y dirigiéndose al criado añade:

—¿Dónde estuve yo el día nueve de Enero de mil novecientos veintitrés?

—Recuerdo que ese día — contesta Evans muy pausadamente — estaba yo en Bostón, cuando fui a pasar la temporada con mi hermana.

Hay unos instantes de silencio, tras esta nueva decepción, al cabo de los cuales Evans rompe a hablar de nuevo.

—Pues, bien; como le quería decir a usted... anoche...

Nueva interrupción motivada porque Enrique ha hallado en un diario una noticia sensacional, la del robo de una cartera con doce mil dólares, del que ha sido víctima, en una estación del Metro, un apoderado del Banco Nacional y autores dos sujetos decentemente vestidos, a los que busca la policía y que se supone escondidos en lugar seguro.

—¡Hemos cometido un robo sin saberlo! — exclaman a dúo Tomás y Enrique, mientras comprueban que, en efecto, la cartera aquella, que defendió como suya, contiene la suma de referencia.

—No estamos escondidos, pero tendremos que estarlo — dice Enrique — ¡Cualquiera sale a la calle en tales circunstancias!

—¡Y a mí, que me estará esperando Alicia para casarnos! — exclama Tomás.

—¡Y a mí... que el estómago me da unas voces desgarradoras! — dice, a su vez, Enrique.

—¡Si esa mujer vuelve a ponerse delante de mis ojos, le voy a decir tantas y tales cosas que va a creer que el terremoto de la Martinica fué el día nueve de Enero de mil novecientos veintitrés!

—Pues ahí la tiene usted, para lo que guste mandar — dice Enrique al ver a la interfecta aparecer, tranquilamente, no en traje de calle, sino ataviada como quien está en su propia casa, y siendo portadora del desayuno para dos personas.

—¡Bien venido seas, maridito de mi alma — dice la incomprensible desconocida, añadiendo, con la ma-



yor naturalidad: —Cuando pienses traer a algún convidado, debes avisarme.

La sorpresa que su presencia produce a Tomás Berford no es para descrita, tanto que no puede ni articular palabra, de lo que se aprovecha la extraña para reconvenirle cariñosamente.

—No me gusta que pases las noches fuera de casa, Tomás.

Y mientras Tomás y Enrique se miran el uno al otro sin saber cómo explicarse aquello, la supuesta esposa prepara el desayuno y hasta tiene la osadía de preguntar a su supuesto marido:

—¿Cuántos terrones de azúcar pones en el café: uno o dos, que ya no me acuerdo?

—¡Cómo se va usted a acordar, si no lo ha sabido nunca! — dice Tomás fuera de sí; y encarándose con Evans, que acaba de entrar, le pregunta:

—Evans, ¿cómo se encuentra esta mujer en mi casa?

—Antes he intentado dos veces contar a usted lo sucedido, pero no me ha querido oír... Esta señora... su esposa, llegó anoche, a eso de las once...

—Pero, ¡qué esposa, ni qué diantres son esos!

—¡Si, señor, sí! A mí también me sorprendió muchísimo saber que estaba usted casado...

—¡No digas tonterías! Demasiado sabes tú, Evans, que yo no estoy casado.

Y volviéndose hacia la desconocida, le dice, en tono medio amenazador, medio suplicante:

—Señorita: por última vez ruego a usted que me diga qué juego es éste.

La aludida nada responde y sigue preparando, tranquilamente, el desayuno.

—¡Si no se marcha usted por buenas de esta

casa — añade Tomás, sin poder contenerse—, llamo a la policía para que se la lleve a donde sea!

—¡No, a la policía no! — interrumpe Enrique, de cuyo pensamiento no se aparta la idea del robo.

La desconocida, viendo el grado de excitación en que se halla Tomás, se aproxima a él, carnosamente, y le dice con zalamería:

—¡Trabajas demasiado, Tomás! Pero aquí están los brazos de tu mujercita para que descanses en ellos.

Tomás Berford la rechaza y al ver que Enrique se dispone a salir de la habitación, le dice:

—¡Enrique, no nos dejes solos, que la mato!

Mientras estas escenas tienen lugar en casa de Tomás Berford, allá, en las oficinas, los señores del Consejo, reunidos de nuevo, aguardan, impacientes, noticias de su Presidente, cuya tardanza y cuyo silencio les dan malísima espina.

\*  
\*\*

A todo esto, Tomás, rendido por la fatiga de la noche anterior, en vela, y por la lucha interna que viene sosteniendo, se ha echado en un sofá.

Su inseparable compañera está allí con él, atendiéndole solícitamente.

—¡Estás helado! — le dice—. ¡Necesitas una taza de caldo y algo caliente, para que sudés!

Y ella misma se dispone a ir a la cocina a preparársela.

Una vez solos Tomás y Enrique, dice aquél a éste:

—Nadie más que tú puede deshacerme de ella. Hazla el amor. ¡Trátala mal, como yo, y así es posible que se enamore de tí!...



Lejos del domicilio de Tomás, en el de Jorge Storm, su hija Alicia pone en práctica el plan de fuga, para unirse secretamente con su prometido, según convinieron el día anterior. Antes de partir deja



*---¡Estás helado!... ¡Necesitas una taza de caldo y algo caliente, para que sudes!*

una carta, dirigida a su padre, dándole cuenta de su determinación...

Pero volvamos a casa de Berford.

Enrique, que ha querido hacer lo que su jefe le dijo, regresa de la cocina con señales evidentes de las uñas de la desconocida, a la que, según dice a su jefe, ha empezado a tratarla mal... pero ella le ha tratado peor.

La pseudo esposa de Tomás sigue mandando como

dueña absoluta y así ordena a Enrique que avise por teléfono a los señores del Consejo que aquél no puede ir, que está enfermo.

—¡Pues ahora mismo vamos todos a verle! — le responden.

Cuando la supuesta mujer de Berford está dando a éste una taza de caldo, Enrique, que está mirando a la calle a través de los cristales de un balcón, tiene ocasión de ver que un automóvil pára a la puerta de la casa y que de él descende Alicia Storm; y excusado creemos decir que inmediatamente previene a su jefe de la nueva complicación que se le viene encima.

Enrique sale a abrir la puerta a Alicia para ver si puede evitar que éntre, y sólo se le ocurre decirle que Tomás está malo y que el médico cree que su enfermedad puede ser contagiosa, con lo cual no consigue más que excitar más el deseo de la joven de verse al lado de su prometido.

Apenas ha llegado Alicia junto al sofá en que yace Tomás, éste, como si delirase, la rechaza y la dice:

—¡Váyase y déjeme morir tranquilo!

Pero Alicia no se va, sino que por el contrario le toca la frente, le observa y exclama:

—¡Pero si estás helado! Te hace falta una taza de caldo muy caliente.

—¡No, caldo, no! ¡No vayas a la cocina! — dice Tomás rápidamente.

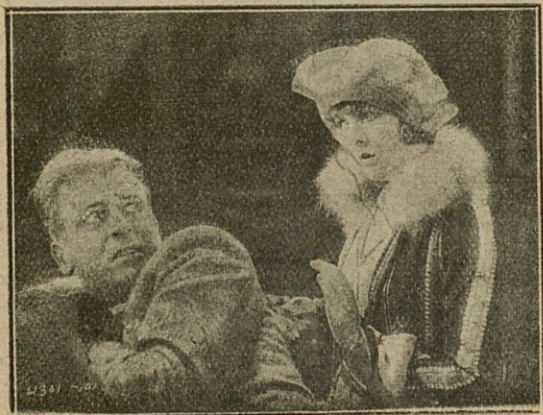
¡Para qué quiere Tomás el caldo! Su situación es como para sudar sin caldo ni manta.

Y mientras Alicia se dirige a la cocina por una puerta, vuelve de ella, por otra, la desconocida, quien, quieras que no, hace a Tomás tomar el caldo, diciéndole:



—Así, a cucharaditas, como los niños pequeños... En esto, el chófer de marras hace acto de presencia.

—Necesito hablar con ustedes a solas y muy seriamente — dice al ver que hay una señora presente.



—¡Váyase y déjeme morir tranquilo!

—Me voy — dice ésta — pero en cuanto sienta que se marcha este hombre ya estoy aquí.

Una vez solos los tres, el chófer toma la palabra y dice:

—Vengo a advertir a ustedes que yo soy un hombre de conciencia y que lo voy a contar todo. De ese modo la pena será menos dura.

El buen hombre se refiere al robo de la cartera, de que se ha enterado por la prensa.

Pero apenas ha empezado a hablar, una nueva llamada interrumpe la conversación.

El que llama es nada menos que un policía y su presencia aterra, materialmente, a Tomás y a Enrique.

—¿Está aquí el conductor de ese taxi? — pregunta el guardia.

—¡Pues verá usted... verá! ¡Como estar aquí! ...Pero ¿qué pasa? — contesta Tamás.

—Que se ha dejado el coche junto a la boca de riego y no pueden enchufar los mangueros — dice el guardia, y se vá.

Es de advertir que al chófer le han encerrado violentamente en la biblioteca, tan violentamente que creen haberle matado.

—¡Hasta asesino! — exclama Tomás al ver al chófer sin sentido y echando sangre de la cabeza.

Alicia, que regresa de la cocina, halla a Tomás tan postrado que reconoce que, en efecto, no está para fugas amorosas, pero como, por lo visto, no entra en sus cálculos retrasar el matrimonio, le propone tomar el coche que está a la puerta e irse... en busca de un Pastor para celebrar el enlace allí mismo.

—¡Muy bien pensado, Alicia! — dice Tomás —. Vete y no vuelvas... sin el Pastor.

Las cosas siguen complicándose por instantes. No ha hecho más que marcharse Alicia y llegan los consejeros de la "Manufacturera Berford y Compañía".

—Venimos a seguir leyendo en el libro abierto de tu vida — le dicen —: a que nos cuentes qué ha sido de ti desde ayer.

—Ella, mi supuesta esposa, está aquí — les contesta Tomás dando pruebas de gran abatimiento.



Y la supuesta esposa surge en el acto, como para corroborar las palabras de Tomás.

—Han hecho ustedes bien en venir aquí a celebrar el Consejo — les dice —. Tomás no está para salir.

Y volviéndose a éste añade:

—¿Te encuentras mejor, Tomasito mío... riquín?

Aprovechando la estupefacción de todos los presentes prosigue la señora, dirigiéndose a los consejeros:

—¿Supongo que se quedarán ustedes a comer con nosotros?

Enrique, que ha venido salvando obstáculos con una gran diplomacia, fracasa ante una nueva visita: la de Jorge Storm.

—¿Dónde está mi hija? — pregunta éste, malhumorado, apenas ha traspuesto los umbrales.

—¡No tengo la menor idea...! — dice Tomás por decir algo.

—¡Ya sé que no la tiene usted — le contesta Storm—. Pero... ¿dónde está Alicia?

En este momento llaman otra vez a la puerta y Tomás aprovecha esta circunstancia para responder con una evasiva:

—¡Han llamado! — dice —. ¡Puede que sea ella!

Enrique va a abrir, mas Storm se interpone y le sujeta por un brazo, al propio tiempo que le dice:

—¡Quítese usted de ahí, mequetrefe!

Pero no es Alicia la que llama; son varios guardias, entre los que figura el que dejaron herido y abandonado en el camino la tarde anterior.

—Venimos en busca del autor de las heridas que sufre este compañero — dice uno de ellos.

Antes de que nadie conteste, el guardia herido ve a Tomás, le reconoce y dice, refiriéndose a él:

—Aquél es quien me dió el golpe.

La cuestión no puede ir tomando peor aspecto, verdaderamente, pero la trastienda de uno de los consejeros le hace cambiar de rumbo.

Dicho consejero se acerca al guardia herido y le pregunta a media voz:

—¿Ha estado usted enamorado alguna vez en su vida?

—¡Ya ve usted, como que me casé y tengo cinco hijos... y vísperas!

—Entonces no puede usted encontrar mal todo lo que haga un hombre por la mujer que quiere.

—Al contrario, lo que me parece mal es todo lo que deje de hacer en ese caso.

Y después de este breve diálogo, le pregunta en alta voz:

—¿Está usted seguro de que fué este señor quien le dió a usted el golpe?

—¿Seguro, seguro, no! — contesta el guardia —. ¡Muy bien pudo ser el chófer!

Y el chófer al oír que le nombran y que le imputan un hecho que no ha realizado, sale de su encierro en medio del asombro general.

—¿Qué hacía usted ahí dentro? — le pregunta Tomás, como si ignorase que se hallaba allí.

—Ustedes que me han atado; me han amordazado; me han pegado y me han encerrado, lo sabrán...

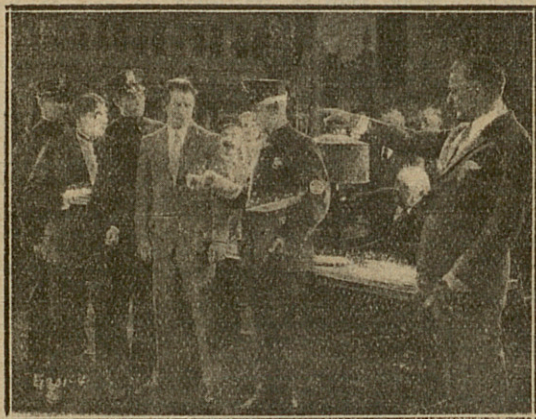
—Sí, señores — prosigue, dirigiéndose a los demás —. Porque les dije que era un hombre de conciencia. ¡Ellos son los autores del robo de la cartera con los doce mil dólares!

—¡Ahí está el cuerpo del delito! — añade seña-



lando a la cartera —. Ahora, lo que puede que no esté es el *alma*, el dinero.

Por si tan terminante acusación fuese poco, Jorge Storm lanza otra muy grave contra Berford:



—¡Yo le acuso, además, de haber raptado a mi hija!

—¡Yo le acuso, además, de haber raptado a mi hija!

Ante cargos tan abrumadores, los policías se disponen a llevarse a Tomás Berford con ellos, pero entonces surge la intrusa y abrazándose a él exclama:

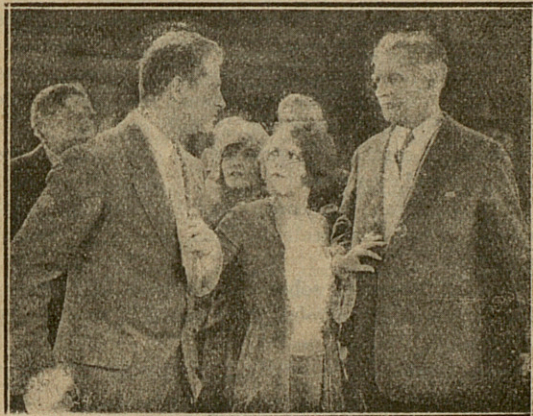
—¡Soy su esposa y no quiero que se le lleven!

Alicia Storm, que acaba de entrar y que oye las anteriores palabras, no puede reprimir un gesto de asombro, que no pasa desapercibido para Tomás.

—¡No es verdad, Alicia — le dice éste —, pero la fatalidad no me deja probarlo!

—¡Papá, qué desgraciada soy! — exclama la joven echándose en brazos de su padre.

Un poco repuesta se dirige a Tomás y le dice:



—...Si yo hubiera sabido que con ello iba a des-  
trozar el corazón de otra mujer, como yo, no me  
hubiese metido en nada.

—Conque ¿estabas casado y querías engañarme?

—¡Engañarte, no! ¡Te quiero y no sabía nada de que estuviese casado!

Y añade, dirigiéndose a los policías:

—¡Llévenme ustedes, no a la cárcel: al patíbulo! ¡Ya no puedo más!...

La desconocida se da cuenta entonces de lo que



pasa, del daño que ha hecho inconscientemente, y cambiando súbitamente de actitud, pregunta a Alicia:

—Pero ¿es que iba usted a casarse con él?

—¡Sí! — responde Alicia —. Mi papá se oponía y lo teníamos todo dispuesto para casarnos hoy de incógnito.

Al oír esto, la supuesta esposa de Tomás se dirige a Jorge Storm y le dice:

—Cuando usted me habló para desempeñar este papel, me dijo que sólo se trataba de cuestión de intereses. Si yo hubiera sabido que con ello iba a destrozar el corazón de otra mujer, como yo, no me hubiese metido en nada.

Tales palabras, que constituyen la clave del enigma, tan infructuosamente buscada, producen general asombro.

Mas, no obstante, sobre Tomás pesa otra acusación: la de atraco y robo, y los guardias se disponen a llevarsele.

Al ir a salir ya, se vuelve y dirigiéndose al señor Storm le dice:

—¡Oigalo usted bien, señor Storm: yo me casaré con Alicia quiera usted o no!

Un nuevo visitante atrae la atención de todos.

—Necesito ver al señor Berford — dice el recién llegado; y una vez que se halla frente a Tomás, le dice:

—Soy el director del Banco Nacional y vengo a decirle que los doce mil dólares robados ayer los llevaba uno de nuestros apoderados a casa de usted para el pago de jornales, pues los habían pedido por teléfono; así es que el robado es usted.

—¡Maldito sea el día nueve de Enero de mil novecientos veintitrés! — exclama Tomás — ¡Qué

disgustos tan grandes me ha dado por no acordarme de lo que hice ese día!

—¡No digas eso, Tomás! — le contesta Alicia — ¡Parece mentira que tengas tan mala memoria! ¡Ese día estando en Brighton, me declaraste tu amor!

—¡Es verdad! ¡Bendito sea entonces! — dice Berford.

En esto se abre una puerta y aparece un señor.

—El pastor que fui yo a buscar — exclama Alicia.

—Se ha cansado de esperar... y nosotros también — añade Tomás, completando la frase.

Y Jorge Storm, cogido por todas partes materialmente, depone su actitud de intransigencia rindiéndose con armas y bagajes.

¡Tomás Berford acaba de vencer a su único rival!...

FIN

---

Prohibida la reproducción.

---

Revisado  
por la censura gubernativa.

---

Con esta novela exija usted la postal-obsequio de  
WILLIAM DESMOND

J. HORTA, Impresor. - Cortes, 719. - Barcelona



COLECCION USTED  
LOS LIBROS DE LA BIBLIOTECA

*Los Grandes Films*

de

**La Novela Semanal Cinematográfica**

Títulos de los libros últimamente publicados :

CENIZAS DE ODIO  
EL RAJÁ DE DHARMAGAR  
EL DIFUNTO MATÍAS PASCAL  
LA MARCA DE FUEGO  
LOS HIJOS DE NADIE (nueva edición)

En preparación :

PESCADOR DE ISLANDIA,  
por Sandra Milowanoff  
LA 8.<sup>a</sup> MUJER DE BARBA AZUL,  
por Gloria Svanson  
EL BESO DE LA VICTORIA,  
por Aimé Simon Girard

¡ SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS !



## IMPORTANTE:

### Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

## IMPORTANTE:

### A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barbár, 16, BARCELONA. Ferraz, 21, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN